



## CUADERNILLO DE TRABAJO DEL ALUMNADO

### “MEDALLONES”

Narración testifical recogida en 1946 por:

**Zofia Nalkowska (Varsovia, 1884-1954)**



## Tabla de contenido

<b>DWORJA ZIELONA</b>	<b>5</b>
ACTIVIDADES PROPUESTAS	10
TEMAS DEBATE EN EL AULA	11
<b>JUNTO A LA VÍA DEL TREN</b>	<b>12</b>
ACTIVIDADES PROPUESTAS	16
TEMAS DEBATE EN EL AULA	17
<b>LA MUJER DEL CEMENTERIO</b>	<b>18</b>
ACTIVIDADES PROPUESTAS	23
TEMAS DEBATE EN EL AULA	24



## DWOJRA ZIELONA

Una mujer menuda con su parche negro en un ojo estaba delante del mostrador. Su acompañante, un hombre también pequeño y algo extraño, con bigotito negro, pidió unas gafas para ella.

- Durante unos años esta señora no ha llevado gafas – dijo en un tono enfático y amable a un tiempo.

-¿Por qué?

- Porque ha estado en un campo.

El ojo no resultó apropiado. Era demasiado grande y no entraba. Y para recoger las gafas tenía que regresar al día siguiente.

-¿Le importaría charlar un rato conmigo? Podríamos entrar al café de al lado.

Se mostró sorprendida. No podía ir al café. Estaba ocupada. Tenía que volver al piso, porque lo había dejado cerrado y llevaba la llave encima. Al piso en el que justo dos días antes había encontrado trabajo.

Así que caminamos juntas por una ancha calle del barrio de Praga y, a través de un portal oscuro, entramos en el patio de una enorme casa ruinosa de paredes sucias y ennegrecidas con el revoco desconchado. En un rincón del fondo, una puerta con la pintura parda medio desprendida daba a un vestíbulo sombrío.

- Es la tercera planta.

La escalera de madera que conducía al piso estaba inmersa en la oscuridad. Había que agarrarse al pasamanos y tantear cuidadosamente con los pies las hendiduras de las tablas para no caerse. La escalera no se interrumpía hasta el primer piso, donde, después de un rellano, se llegaba a un nuevo tramo que acto seguido llevaba al segundo piso.

Al alcanzar el tercer piso nos detuvimos un instante junto a una ventana. Miramos el enorme patio de paredes desconchadas, oscuros y sucio.

- ¿Cuál es su ocupación?

- Limpio y vigilo el piso. Es que en este piso habrá un ambulatorio judío.

- Así pues, ¿ha encontrado a los suyos? ¿Tiene amigos que cuiden de usted?

- Estoy sola – se apresuró a responder - Estoy sola – repitió.

- Sin embargo, ese señor que se ha marchado le ha comprado las gafas. Y el ojo.

Asintió sin ilusión.

Es cierto, me compran el ojo. Hasta me quieren pagar la dentadura – Vaciló y confesó con pesar - Pero no es mi familia

Llegamos al último piso y retrocedimos por un rellano con una barandilla de madera. Allí donde en los pisos inferiores había ventanas, en el tercero se abría una



puerta acristalada, vacilante y descolorida. Daba a un balcón de madera, pegado al muro, que al pisarlo crujía sobre el vacío.

Nos detuvimos frente a la tercera puerta, cerrada con una especie de contraventana.

- Es aquí – dijo.

Sacó la llave y abrió un enorme candado fijado a dos anillas. La puerta daba a un piso espacioso y vacío. Una habitación vacía, siniestra, con el suelo recién fregado; otra igualmente limpia con un camastro bajo junto a la pared. Y una tercera con una mesa arrimada a una pared y dos sillas.

- Aquí podemos hablar. Siéntese.

Nos sentamos una frente a otra en un ángulo de la mesa.

- Son buenos. Pero no es mi familia – repitió-. No tengo a nadie. A mi marido lo mataron en el 43 en la estación de Malaszewicze, a ocho kilómetros de Brzesc Litewski. En un *Lager*. Hubo miles de muertos, porque mataban a uno de cada diez, mataban cada pocos días. No, yo no lo vi, pero me lo han contado. Yo no estaba allí, estaba en Miedzyrzec. Solo sé que en el 42 mi marido aún vivía. Porque por entonces un aviador alemán le llevó una carta mía, y en la respuesta mi marido me mandaba saludos. Y después supe que había muerto.

Se levantó y dejó pasar dos hombres que habían venido a arreglar el fregadero de la cocina.

- Tengo treinta y cinco años, pero mire mi aspecto. No tengo dientes, me falta un ojo...

Se casó a los veintitrés años. Vivían en Varsovia, en la calle Stawki. Ella trabajaba en una fábrica, confeccionaba a máquina guantes de lana; él era zapatero. Al principio también trabajó en una fábrica, después hacía zapatos en casa. Cierta es que pasaban bastantes apuros. No tenían hijos.

- Mi marido se llamaba Rajszer, pero yo me llamo Zielona. Como no tenía papeles, me registraron con el apellido de mi padre.

Tras quedarse pensativa un instante añadió:

- Y mi nombre es Dwojra.

En el 39 las bombas destruyeron la casa de la calle Stawki. Lo perdieron todo: los enseres, la ropa. Y se mudaron a Janów Podlaski.

Suspiró.

- Allí ya llevábamos el triángulo amarillo, seis puntas así, el signo de Palestina. Solo más tarde llevamos el brazaletes. Los dos.

En octubre del 42 mi marido ya no estaba porque trabajaba en el *Lager* de Malaszewicze. En esa época deportaron a toda la ciudad de Janów Podlaski a Miedzyrzec. Era una especie *Judenstadt*, allí estaban todos los judíos de la región de Lublin. Cada dos semanas



transportaban gente en tren a Treblinka. Los que quedaban estaban encerrados en el gueto. Los otros morían, ella no.

- Cuando había una redada, yo siempre me escondía. Me metía en el desván.

Se tapó la cara con ambas manos, separando los dedos. Y por un instante miró con su único ojo por entre los dedos.

- ¿Quiere decir que se tapaba la cara con las manos?

Sonrió.

- ¡Qué va! Solo le estoy mostrando que siempre me escondía.

Se quedaba en el desván y pensaba: “Ahora estoy viva, pero dentro de una hora no sé qué va a pasar.” Sin embargo, los otros morían y ella no.

- Una vez, durante una redada, estuve escondida cuatro semanas enteras. Sin comer.

También esto, igual que los dedos separados sobre la cara, debía entenderse más bien en sentido metafórico.

- Bueno, me llevé unas cebollas y tenía un poco de sémola; eso era lo que comía. No, no podía cocinar. ¡Qué va! No había agua. Además, tenía un poco de café de cereales molido y también me comía ese café así, sin agua. No me dolía nada. Pensaba: me moriré. ¡Estaba tan débil! Estaba completamente sola en el mundo.

“Un día oí movimiento en la calle. Era diciembre del 42. Oí movimiento, entonces comprendí que ya no vigilaban. Así que bajé. Después de la redada, se podía caminar de nuevo entre los alambres de púas. Sí, señora, todavía existía la administración judía. Daban un poco de pan.

“Pero aquella vida nuestra no valía nada...”

“Tenía alguna camisa, que iba vendiendo, y me compraba pan para un día o dos.

“El ojo lo perdí el 1 de enero del 43. Los alemanes estaban de fiesta. Celebraban la Nochevieja. Mataron a tiros a sesenta y cinco personas. De mi casa, solo yo quedé viva. Disparaban por la calle, en la nieve, a las seis de la mañana. Entraban en los pisos. Quise huir, salté la ventana. Pensé que me habían matado. Y una bala me alcanzó en el ojo.

“Cuando me dispararon, pensé: “Quizá todavía estoy viva...”

Bajó la voz y dijo en tono confidencial:

- Debo decirle que yo quería vivir. No sé por qué, ya que no tenía marido, ni familia, ni a nadie, y quería vivir. Me faltaba un ojo, tenía hambre y frío, pero... quería vivir. ¿Por qué? Se lo voy a decir: para contarlo todo, como se lo cuento ahora a usted. Para que el mundo supiera lo que ellos hicieron.

“Pensé que solo sobreviviría yo. Pensé que no quedaría en el mundo ni un solo judío.

“Me llevaron a un hospital. En el ojo no sentía nada, solo me dolía aquí, en la columna y



las piernas. Por las magulladuras. Entonces dije: “Denme un cuchillo.” Porque quería acabar conmigo. Ya no podía vivir. Me faltaba un ojo, no tenía nada. El ojo se me había salido entero. También estaba herida en una oreja. Iban a hacerme una radiografía. Pero cicatrizó sola.

“Cuando se nos llevaron a los que quedábamos, yo ya no me escondía. Y seguí a los nuestros camino de Majdanek.

“No tenía dinero, no tenía comida, me faltaba un ojo. No había judíos, ¿qué iba a hacer, sola en aquel desván? Ya no tenía un trozo de pan. Si iba a morir, prefería morir con ellos, no sola.

“Y fui a Majdanek. Allí pan, muy poco. Y un poco de sopa a las doce.

“¿Que si nos ayudábamos entre nosotros? No sé. Un poco nos ayudábamos. Pero no mucho. Sabe usted, cada uno tenía sus problemas: ¿qué podía hacer? Cada dos semanas hacía una selección, nos escogían para matarnos. ¿Qué se podía hacer?

“¿Que si me pegaban? Sí, señora. Una vez, en Majdanek, una SS llamada Brygida me pegó. ¿Con qué? Tenía un palo. Me dio en la cabeza. ¿Por qué?

Rió con conmiseración.

- Porque le dio gana hacerlo, solo por eso.

“En aquella ocasión recibimos todas. Porque una de las *Kapo*, un *führantarina*<sup>1</sup>, dijo que alguna de nosotras hacía trapicheos. Que compraba no sé qué. Y por culpa de una nos dieron a todas. ¿Si ella realmente hacía trapicheos? No lo sé.

“Escapar era imposible. Una muchacha escapó. Pero la cogieron y la colgaron. Había allí un poste y un gancho... Éramos unas diez mil en plaza y tuvimos que mirarlo.

“Estaban también dos hermanos suyos. Más tarde se ahorcaron los dos.

Se levantó para dejar salir a los operarios, que ya habían acabado su trabajo. Pero enseguida volvió y se sentó en su sitio.

Una vez vino un SS de Skarzysko-Kamienna, el comandante Imfling. Y dijo: “Quien quiera trabajar, irá a trabajar.” Yo sabía trabajar, así que fui. Era una fábrica de municiones.

“Allí no me dieron ninguna paliza. Pero también había selecciones, y si alguien iba al hospital, luego lo mataban. Si alguien estaba de baja, aunque fuera por pocos días, lo mataban.

“Yo solo tenía un ojo y en este ojo me salió un orzuelo, como un absceso. Así que me quedé ciega. Pero trabajé, no dejé de trabajar ni un solo día, doce horas, una semana de día y otra de noche. Y ya se ve, no pedí la baja, no fui al médico. Tenía miedo. Porque eso era la muerte. Pensé que aún así quizá sobreviviría, o quizá...”

1. Forma adaptada al polaco de la palabra alemana *Abteilungsführerin*, “Jefa se sección”: (N. de los T.)



Sonrió tímidamente y con pudor.

- Se ve que de nuevo quería vivir.

Se acordó de algo más.

- Ahora le diré lo que me pasó con los dientes.

“Cuando llegué a Skarzysko-Kamienna solo daban un poco de sopa. Y yo tenía un hambre feroz.

“Se podía comprar comida a los obreros que venían a trabajar de la ciudad. A veces ellos mismos nos daban algo, pero más bien había que comprarlo. Y yo no tenía dinero. Así que yo misma me arranqué los dientes de oro.

“¿Que si me los arranqué con un cordel? No. Simplemente, durante unos días no paraba de moverme uno. Cuando ya se movía mucho, era fácil arrancarlo. Salía solo. Por un diente me daban ochenta u ochenta y cinco zlotys. Y podía comprarme bastante pan.

“En Skarzysko trabajé así durante trece meses. Cuando los rusos se estaban acercando a Skarzysko, los alemanes trasladaron toda la fábrica, con nosotros incluidos, a Czestochowa. Y allí hacíamos el mismo trabajo.

“El 17 de enero llegaron los soviéticos. Los SS huyeron el 16. En Czestochowa había quince mil judíos. Quedaron cinco mil, el resto se los habían llevado en trenes a Alemania. No se pudo hacer nada. Había unas listas. El capataz apuntaba los nombres y se llevaban a la gente según la lista.

“Los capataces nos vigilaban. Si los soviéticos tardan unas horas más en llegar, nos liquidan a todos.

“Estábamos ya formados en la calle. Pero llegaron los soviéticos y los capataces huyeron.

“¿Que si nos alegramos cuando llegaron? Sí, nos alegramos mucho. Porque ya no estábamos detrás de las alambradas, ya éramos libres. Les dimos la bienvenida, pero no gritamos ni nada.

Suspiró.

No teníamos fuerzas...



## ACTIVIDADES PROPUESTAS

-REFLEXIONA SOBRE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS

1.- ¿De qué había encontrado trabajo la mujer?

2.- Tiene amigos que la ayudan y ha vuelto a encontrarse con más judíos, pero ¿por qué dice que está sola?

3.- ¿Dónde se escondía cada vez que hacían una redada? ¿Qué comió cuando estuvo escondida cuatro semanas?

4.- ¿Cómo perdió el ojo y los dientes?

5.- ¿Por qué llegó un momento en que dejó de esconderse?

6.- ¿Necesitaban algún motivo los miembros de la SS para maltratar a sus víctimas?





7.- ¿Por qué pudo salir del campo de exterminio y librarse de una muerte segura?

8.- ¿Cómo reaccionaron al ser liberados? ¿Por qué?

#### TEMAS PARA DEBATE EN EL AULA

Los miembros de la SS dieron siempre muestra de una crueldad de difícil comprensión en unos seres humanos, ¿cómo es posible que se llegue a semejante grado de insensibilidad ante el dolor ajeno?

#### INVESTIGACIÓN EN INTERNET

Busca en Internet qué eran los “*Judenrat*” y cuál era su función en la organización interna de los guetos.

## JUNTO A LA VÍA DEL TREN



Hay uno más entre esos muertos, una mujer joven, junto a la vía del tren, que no consiguió escapar.

Ahora ya solo podemos saber de ella a través del relato de un hombre que lo presenció todo y que no puede comprenderlo. Y ella también vive solo en su memoria.

Los que era transportados en largo trenes, en vagones sellados, hacia los campos de exterminio a veces escapaban por el camino. Pero eran pocos los que se atrevían a fugarse. Hacía falta más valor que para dejarse llevar hacia una muerte segura sin esperanza, sin atisbo de protesta o rebelión.

Alguna vez la fuga acababa con éxito. Entre el estrépito ensordecedor de un vagón de mercancías a toda velocidad, nadie desde el exterior podía oír lo que pasaba dentro.

La única manera era arrancar algunas tablas del suelo del vagón. Para aquellos seres hacinados, hambrientos, hediondos y sucios, la empresa parecía casi irrealizable. Resultaba difícil hasta moverse. Aquella masa humana compacta, zarandeada por el ritmo impetuoso del tren, tambaleaba y daba bandazos en un aire sofocante y a oscuras. Pero incluso aquellos que, demasiado débiles o temerosos, no podían ni soñar con fugarse, comprendían que debían facilitárselo a los demás. Se apartaban, se apretujaban, levantaban los pies embadurnados de excrementos para abrir a los otros del camino hacia la libertad.

Levantar la tabla por un extremo era ya el principio de la esperanza. Para arrancarla se requería un esfuerzo colectivo. Eso duraba horas. Y luego había que arrancar una segunda y una tercera tabla.

Los que estaban más cerca se inclinaban sobre la estrecha abertura y retrocedían con miedo. Había que tener valor para, tanteando alternativamente con las manos y los pies, arrastrarse hacia el exterior por la estrecha hendidura, por encima del estrépito y el chirrido del hierro, entre las ráfagas de aire que soplaban por debajo, sobre las traviesas que huían; luego alcanzar el eje y, agarrándose a él, deslizarle con los brazos hasta el punto desde donde un salto ofrecería alguna posibilidad de salvación. Caer entre los raíles o, por entre las ruedas, al borde de la vía; los métodos eran varios. Y después volver en sí, rodar sin ser visto por el terraplén y huir hacia un bosque desconocido y tentador por su oscuridad.

Los fugitivos caían bajo las ruedas y a menudo morían en el acto. Morían golpeados por una viga saliente, por el canto de un cerrojo, lanzados por la velocidad contra un poste de señalización o una piedra. O bien se rompían piernas y brazos, expuestos en este estado a toda clase de crueldades por parte del enemigo.



Quienes se atrevían a descender al estrepitoso, trepidante y retumbante abismo a lo que se exponían. Del mismo modo que lo sabían quienes se quedaban, aunque era imposible asomarse por la puerta cerrada y la ventanilla situada en lo alto.

La mujer que yacía junto a la vía formaba parte de los valientes. Era la tercera de los que se habían dejado caer por la abertura del suelo. Tras ella rodaron unos cuantos más. En ese mismo instante, por encima de las cabezas de los viajeros, sonaron unos disparos, como si algo explotara en el techo del vagón. Los disparos cesaron enseguida. Pero los viajeros podían mirar ahora el hueco oscuro donde habían sido arrancadas las tablas como si fuera la cavidad de una tumba. Y continuar tranquilamente el viaje a cuyo término les esperaba su propia muerte.

El tren hacía tiempo que había desaparecido en la oscuridad con su humo y su estrépito; alrededor estaba el mundo.

El hombre que no puede comprender ni tampoco olvidar vuelve a contarlo.

Al romper el día, la mujer, herida de una rodilla, estaba sentada al borde de la zanja, sobre la hierba húmeda. Alguien había logrado huir; otro, lejos de la vía, junto al bosque, yacía inmóvil. Unos cuantos habían huido, dos habían muerto. Solo ella había quedado así, ni viva ni muerta.

Cuando la encontró estaba sola. Pero, poco a poco, fue apareciendo gente en aquel lugar desierto. Venían del lado del tejar y del pueblo. Se detenían temerosos, miraban desde lejos; obreros, mujeres, algún muchacho.

Se iban formando pequeños corros de curiosos que lanzaban miradas inquietas tras de sí y se dispersaban enseguida. Llegaban otros, pero tampoco estos se detenían mucho más. Murmuraban entre sí, suspiraban y, mientras se alejaban, parecían estar deliberando.

El caso no ofrecía ninguna duda. Su pelo rizado y negro como el azabache estaba enmarañado de un modo más que elocuente, como sus ojos, que se desleían negros e inconscientes bajo los párpados entornados. Nadie le dirigió la palabra. Fue ella quien preguntó si los que yacían junto al bosque estaban muertos. Supo que estaban muertos.

Era de día, el lugar, abierto, perfectamente visible desde todas partes. Todos estaban ya enterados del incidente. En aquel tiempo el terror se había recrudecido. Por ofrecer ayuda o dar cobijo había solo un castigo: la muerte segura.

A un hombre joven que se detuvo más tiempo a su lado, alejándose unos pasos para volver de nuevo, le pidió que le trajera Veronal de la farmacia. Le ofreció dinero. Él se negó.

Durante un rato permaneció con los ojos cerrados. Volvió a sentarse, movió la pierna, se la cogió con las dos manos, apartó la falda de la rodilla. Tenía las manos ensangrentadas. Esa condena mortal que había caído sobre ella, metida en su



rodilla, era como un clavo que la mantenía sujeta al suelo. Se quedó tranquila durante un largo rato, con los párpados cubriendo sus ojos negros en exceso.

Cuando finalmente los abrió, vio caras nuevas a su alrededor. Pero aquel hombre joven aún estaba allí. Entonces le pidió que le comprara vodka y cigarrillos. Esta vez él aceptó hacerle el favor.

El grupo del terraplén junto a la zanja llamaba la atención. Continuamente se incorporaba alguien nuevo. Ella estaba tendida en medio de la gente, pero no esperaba ayuda. Yacía como un animal herido en una cacería al que hubiesen olvidado rematar. Estaba borracha, dormitaba. La fuerza que la mantenía separada de todos ellos por un círculo de terror era invencible.

Pasaba el tiempo. Una campesina vieja que ya se había ido volvió corriendo. Jadeaba. Se acercó, sacó de un pañuelo un cubilete con leche y un poco de pan. Se inclinó, lo puso apresuradamente en las manos de la herida y enseguida se marchó, para luego mirar desde lejos si bebía. Solo cuando vio a dos policías que venían del pueblo, desapareció cubriéndose la cara con un pañuelo.

Los demás también se dispersaron. Solo aquel avisado pueblerino que había ido a por ella por el vodka y los cigarrillos seguía haciéndole compañía. Pero ella ya no quería nada más de él.

Los policías se acercaron con ademán serio a ver qué pasaba. Comprendieron la situación, se pusieron a deliberar sobre lo que debían hacer. Ella les conminó a que le pegaran un tiro. Lo discutía con ellos a media voz, pidiendo que sobre todo no informaran a nadie. No se decidían.

Finalmente también ellos se marcharon conversando, deteniéndose y retomando el camino. No se sabía qué iban a decidir. Pero al final no quisieron atender su súplica. La mujer advirtió que los acompañaba aquel joven amable que le había ofrecido fuego con un mechero que no quería encenderse. Y a quien ella había dicho que uno de los muertos que había junto al bosque era su marido. Pareció que esa noticia le resultaba desagradable.

Intentó beber la leche, pero absorta en sus pensamientos, enseguida dejó el cubilete sobre la hierba. Era un día ventoso y plomizo que anunciaba ya la primavera. Hacía fresco. Al otro lado del campo vacío se alzaban unas casitas; en el otro extremo, unos pinos menudos y raquíuticos barrían el cielo con sus ramas. El bosque al que debía haber huido empezaba a cierta distancia de la vía, fuera del alcance de su mirada. En ese lugar desierto que podía contemplar era para ella el mundo entero.

El hombre joven regresó. Ella volvió a beber vodka de la botella y él le dio fuego. El crepúsculo claro y cambiante iba cubriendo el cielo desde el este. Por el oeste, nubes de formas redondeadas y alargadas ascendían velozmente.



Iba llegando más gente que, al volver del trabajo, se detenía a mirar. Quienes estaban allí desde antes explicaban a los nuevos lo que había sucedido. Hablaban como si ella no pudiera oírlos, como si ya no existiera.

- El que está allí muerto es su marido – decía una voz femenina.

- Huían del tren hacia ese bosque, pero les dispararon. Mataron a su marido y ella se ha quedado aquí sola. Le han dado en la rodilla, no ha podido seguir huyendo...

- Si estuviera en el bosque, sería más fácil llevarla a algún lugar. Pero así, a la vista de todo el mundo, no hay nada que hacer.

Lo dijo aquella vieja, que había venido a recoger su cubilete. Miró en silencio la leche derramada sobre la hierba.

De modo que nadie quiso sacarla de allí antes de que cayera la noche, ni llamar a un médico, ni llevarla a la estación, desde donde habría podido ir a un hospital. Nada de todo esto estaba previsto. Solo era cuestión de que muriera, de un modo u otro.

Cuando al anochecer abrió los ojos ya no quedaba nadie excepto los dos policías, que habían regresado, y aquel hombre, que no se apartaba del lugar. De nuevo les dijo que le pegaran un tiro, pero sin confiar en que lo hicieran. Se cubrió los ojos con las dos manos para no ver nada.

Los policías aún dudaban sobre lo que debían hacer. El primero trataba de persuadir al segundo. Este le contestó:

- Hazlo tú.

Entonces ella oyó la voz de aquel joven:

- Déjeme a mí...

Seguían debatiendo y discutiendo. Por debajo de un párpado entornado vio que uno de los policías desenfundaba el revólver y se lo entregaba al desconocido.

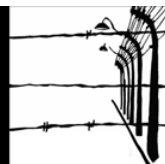
La gente, reunida en un pequeño grupo alejado del lugar, vio que se inclinaba sobre ella. Oyeron un disparo y se volvieron escandalizados.

- Podían haber llamado a alguien y no hacerlo así, como si fuera un perro.

Cuando cayó la noche, dos hombres salieron del bosque para llevársela. Les costó encontrar el lugar. Creyeron que dormía. Pero cuando uno de ellos la cogió por la espalda, comprendió enseguida que se trataba de un cadáver.

Aún yació allí toda la noche y la mañana siguiente, hasta que antes del mediodía vino el alcalde con algunos hombres y mandó retirarla y enterrarla junto a la vía con aquellos otros dos muertos.

Pero, por que él le disparó, no está claro –dijo el narrador-. No puedo comprenderlo. Si precisamente parecía que ese hombre sentía pena por ella...



## ACTIVIDADES PROPUESTAS

### *REFLEXIONA SOBRE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS*

1.- ¿Qué era necesario hacer para poder escapar del tren? ¿Solía acabar con éxito la huída?

2.- ¿Qué pasaba con los que resultaba heridos?

3.- ¿Cuál es la reacción de la gente del pueblo?

4.- Un hombre se niega a comprarle medicinas, pero le compra tabaco y alcohol ¿A qué crees que se debe este comportamiento?

5.- ¿Quién es la única persona que se atreve a darle de comer? ¿Por qué se tapa la cara cuando llegan los policías?

6.- ¿Quiénes estaban en los bosques que podrían ayudarla?



7.- ¿Qué pide la herida a los policías?

8.- Ninguno de los policías se atreve a disparar, ¿quién es el que acaba haciéndolo?

#### *TEMAS PARA DEBATE EN EL AULA*

Los trenes que conducían a los judíos a los Campos de Exterminio, recorrían toda Europa ¿crees posible que el desconocimiento de lo que pasaba fuera tan general como después se quiso hacer creer?

Por lo que se habla entre los habitantes del pueblo, está claro que saben que en el bosque hay partisanos que podría hacerse cargo de ella al caer la noche, pero la matan antes ¿por qué actuarían así?

#### *INVESTIGACIÓN EN INTERNET*

Busca la localización de los principales Campos de Exterminio de Europa y por donde pasaban las líneas de ferrocarril que los comunicaban.

## **LA MUJER DEL CEMENTERIO**



El camino que llevaba al cementerio atraviesa la ciudad siguiendo aquel muro. Todas las ventanas y todos los balcones, antes llenos de gente encerrada y hacinada que miraba el mundo desde detrás del muro, ahora están desiertos. Desde hace tiempo, al pasar por allí se ve en un segundo piso la misma ventana siempre abierta, y en ella una cornisa colgando con una cortina ennegrecida, una planta seca en una maceta y la puerta, también siempre abierta, de un aparador barato arrimado contra una pared de la habitación.

Van pasando los meses y nadie repara la cornisa ni cierra la puerta del aparador.

El camino hacia el cementerio se va convirtiendo, poco a poco, de un lugar de vivos en un lugar de muertos. Pero, aunque encerrado en un marco arquitectónico vacío, este lugar todavía no está del todo desgajado de la vida. Porque aquí se oyen y se ven cosas.

Por encima del verdor fresco y tierno de los árboles del cementerio se elevan hacia el cielo unas nubes de humo negro. De vez en cuando las atraviesa una larga llama, como una estrecha cinta roja que ondea al viento. Por encima de todo ello llega desde el cielo el lejano murmullo de los aeroplanos.

Van pasando los meses y nada cambia, todo sigue igual.

De todas partes llegan noticias de defunciones. P. murió en un campo; K., detenida en la calle y deportada, murió en una pequeña estación de tren. La gente parece de todas las maneras posibles, siguiendo todo tipo de patrones, bajo cualquier pretexto. Da la sensación de que ya no queda nadie vivo, de que ya no vale la pena perseverar ni instituir. Hay muerte por doquier. En los sótanos de las capillas de los cementerios, los ataúdes dispuestos en filas esperan, por decirlo así, su turno para ser enterrados. Antes la inmensidad de la muerte masiva, la muerte natural, individual, parece algo inapropiado. Pero aún más vergonzoso es vivir.

Nada en el mundo de antes es verdad, nada ha quedado. A los hombres les toca soportar cosas que están en cierto modo por encima de sus posibilidades. El terror se interpone entre ellos y los aleja. A cada instante cada uno se convierte para el otro en un riesgo de morir.

La realidad es soportable porque no la experimentamos en su totalidad. O no la experimentamos toda a la vez. Nos llega en fracciones de acontecimientos, en briznas de relatos, en ecos de disparos, en lejanas humaredas que se desvanecen en el cielo, en incendios de los que dice la historia que “reducen a cenizas”, aunque nadie se imagina el alcance de estas palabras. Esa realidad que es lejana y al mismo tiempo se desarrolla al otro lado del muro no parece verdadera. Sólo el pensamiento puede intentar recomponerla, fijarla y comprenderla. Una vez más caminamos por la avenida del cementerio. Asistimos

a la solemne fiesta primaveral de los muertos. De aquellos que murieron hace tiempo y de muerte natural.





Dicen solo sus nombres y apellidos, dicen las fechas, mas raramente recuerdan su profesión y méritos. A veces, mientras pasamos, piden a media voz en oración. No es mucho. Están siempre en el mismo lugar y dicen siempre lo mismo, hablan con reserva, limitados por las conversaciones. En realidad reclaman muy poco, no se imponen, no nos comprometen a nada. Apenas piden un lugar en la memoria, se contentan con un poco de atención.

A veces los consuela algún familiar cercano, en cierto modo los da a conocer el tiempo que los anima. Una mujer anónima con hijos que hizo inscribir “en memoria de mi marido” dice en un murmullo pétreo que él era el mejor. Una hija, ella misma también muerta hace años, promete su afecto a la queridísima madre con letras verdeantes de musgo.

Hay una única tumba sin cruz. En la base del monumento de bronce están grabadas unas palabras que hoy resultan incomprensibles:

AL MIRAR DESDE LO ALTO DE LA EVOLUCIÓN  
HACIA EL ABISMO INTERMINABLE DEL FUTURO, VEMOS ALLÍ  
NO LAS DESESPERADAS TINIEBLAS DE LA MUERTE PERPETUA,  
SINO EL RESPLANDOR VIVIFICANTE DE UNA VIDA ETERNA  
Y CADA VEZ MÁS PODEROSA.

Por la avenida de los muertos se acerca la mujer que cuida de las flores de las tumbas. En las manos lleva los distintivos de su cargo: la escoba y la regadera. Coloca la regadera encima de una piedra lisa junta a un pozo de hierro y se pone a bombear agua.

En este lugar, ya próximo a la cerca, el cementerio está inundado de verdor; las tumbas se extienden como pequeños parterres de pensamientos azul marino o amarillos. Florecen y desprenden su aroma los muguetes, de un momento a otro comenzarán a brotar las lilas. En el aire verde se oye el canto de una oropéndola igual que se oía cada primavera allá, junto a la casa de la infancia. Un ratón de campo corre con pasos menudos entre los muguetes, escala sus tallos, roe algo.

En el silencio del cielo que se extiende sin límites sobre el cementerio, cada cuarto de hora aparece, procedentemente del aeropuerto, un lento aeroplano que, tras describir un suave semicírculo, se aleja hacia otro lado del muro del gueto. No se ven las bombas que lanza en silencio. Pero, siguiendo su vuelo, tras un largo intervalo, se elevan unas largas y estrechas humaredas. Después también se ven llamas.

La mujer del cementerio ha llenado la regadera y se dirige con ella hacia las plantas. Es la mujer con quien uno suele conversar aquí sobras las cosas de la muerte.

En los tiempos del horror, el cementerio es el único lugar de paz y seguridad, como si fuera el jardín de la casa familiar. El lugar más protegido en esa época.



Ella me ha hecho dudar de esta seguridad mía.

- Aquí las tumbas son mejores – decía antaño - Aquí las tumbas son mejores porque el terreno es seco. El cuerpo no se pudre, solo se seca. Allá al fondo, donde hay humedad, es más barato. Allá sólo pueden ponerse dos ataúdes, uno encima del otro.

Tenía un carácter dulce y cariñoso. Además era competente, siempre estaba dispuesta a dar un consejo e incluso a consolar. Era rolliza y de tez blanca, no se tomaba nada demasiado a pecho y se mostraba indulgente para con todo.

- Esta zona es más alta – decía - Aquí, una vez que desenterraron a una muerta, estaba tal cual. La hizo desenterrar su marido. Era una mujer joven y la habían enterrado con un vestido blanco. Pues bien, el vestido también estaba del todo blanco. Como si la hubiesen enterrado el día antes.

No se entendía por qué el marido la había hecho desenterrar. Ella lo explicaba así: - La desenterraron para el juicio, porque él acusó a los doctores del hospital de que no la habían atendido bien. Tras haber dado a luz su primer hijo, saltó la ventana y murió en el acto. Porque no la habían cuidado como era debido. Así que la desenterraron y la llevaron al hospital para la autopsia. Y después la trajeron de nuevo y la volvieron a enterrar. Pero ya no llevaba el vestido blanco, sino uno azul.

“La enterraron, pero tampoco por mucho tiempo. No habían pasado ni tres meses y otra vez sacaron el ataúd.

- ¿Por qué?

- Porque su marido se ahorcó y hubo que enterrarlo. Ahondaron la tumba y la revistieron de ladrillos. Y ahora están enterrados juntos.

De hecho tampoco queda claro en qué acabó el juicio contra los médicos. Pero si el joven esposo buscó en la muerte el fin de su sufrimiento, debió ser porque el resultado no satisfizo sus pretensiones.

Después llegó el tiempo en que sobre el cementerio cayeron proyectiles. Estatuas y medallones hechos pedazos yacían a lo largo de las avenidas. Las tumbas, con los interiores abiertos, mostraban a los muertos en ataúdes destrozados.

Pero incluso ante esto la mujer del cementerio conservaba su calma natural.

- No les pasará nada – decía - Seguro que no morirán por segunda vez.

Sin embargo, ahora, cuando ha vuelto a por el agua, se ve lo cambiada que está.

- ¿Qué le pasa? ¿Ha estado enferma?

Su cara blanca y redonda está enjuta y oscurecida, tiene la frente arrugada como por un largo esfuerzo, los ojos brillan como si tuviese fiebre.

- No, no me pasa nada –dice con aire sombrío - Solo que ahora ya no se puede vivir aquí. Hasta su voz suena insegura, trémula y apagada.



- Nuestros pisos están junto al muro y oímos todo lo que pasa al otro lado. Ahora ya todo el mundo sabe de qué se trata. Disparan a la gente por las calles. Los queman en sus propias casas. Por la noche se oyen tales gritos y llantos que nadie puede dormir ni comer; es insoportable. ¿Cree que es agradable escuchar todo eso?

Mira a su alrededor, como si las tumbas del cementerio vacío pudieran oírla.

- Después de todo también son personas, y dan pena – cuenta - Pero mire, para nosotros es mejor que los alemanes acaben con ellos. Nos odian más que a los alemanes...

Parece ofendida por mis palabras ingenuamente persuasivas.

-¿Cómo que quién lo ha dicho? No es necesario que alguien lo diga. Lo sé por mí misma. Y cualquiera que los conozca le dirá lo mismo: que si los alemanes pierden la guerra, los judíos matan a todos... ¿Usted no lo creer? Pero si hasta los mismos alemanes lo dicen. Y también lo ha dicho la radio...

Ella lo sabe mejor que yo, por alguna razón necesita creerlo así.

Coloca la regadera encima de la piedra que hay junto al pozo y se pone a bombear agua de nuevo. Al acabar, alza la cabeza, todavía malhumorada. Frunce el ceño y parpadea con inquietud.

-No hay quien lo aguante, no hay quien lo aguante – repite.

Con manos temblorosas empieza a secarse las lágrimas, que brotan de sus ojos con facilidad.

- Lo peor es que para ellos no hay salvación – dice en voz baja, como temiendo que alguien pueda oírla. - A los que se defienden también se los llevan en camiones para matarlos. ¿Qué pueden hacer? Prenden fuego a sus casa con ellos dentro y no los dejan salir. Entonces las madres envuelven a sus hijos en algo mullido para que les duela menos y ¡los arrojan por la ventana a la calle! Y después saltan ellas... Algunas saltan con el niño más pequeño en brazos...

Se me acerca más.

- Desde nuestro lado, una vez vimos como un padre saltaba con un chico pequeño. El padre intentaba persuadirlo, pero el chico tenía miedo. Ya estaba de pie en el hueco de la ventana, pero seguía agarrado al marco, resistiéndose al padre. Si el padre lo empujó o no, eso no pudimos verlo. Pero cayeron los dos, uno después del otro.

De nuevo rompe a llorar y se seca las lágrimas con manos temblorosas.

- Aunque no lo veamos, lo oímos. Se oye como si algo blando diera contra el suelo. Plaf, plaf... No paran de saltar, prefieren saltar que quemarse vivos...

Aguza el oído. Entre los dulces cantos de los pájaros del cementerio reconoce el sonido lejano de los cuerpos que caen sobre las piedras. Levanta la regadera y se aleja con ella hacia los pensamientos amarillos y azul marino que crecen sobre las tumbas. Por el cielo se



acerca, procedente del aeropuerto, un nuevo avión y, trazando un gran semicírculo, se dirige hacia el muro del gueto.

La realidad es soportable porque no se la conoce en su totalidad. Nos llega en fragmentos de acontecimientos, en briznas de relatos. Sabemos de las tranquilas filas de gente que se dirige a la muerte sin una palabra de protesta. Sabemos de los saltos a las llamas, de los saltos al vacío. Pero nosotros estamos a este lado del muro.

La mujer del cementerio veía y oía todo eso. Sin embargo, los acontecimientos se entrelazaban hasta tal punto con los comentarios que para ella habían dejado de ser reales.

## ACTIVIDADES PROPUESTAS

### *REFLEXIONA SOBRE LAS SIGUIENTES PREGUNTAS*

1.- Cuando comienza el relato, se habla de un muro, ¿qué crees que delimita ese muro?



- 2.- ¿Qué datos ofrece el texto para que puedas llegar a esta conclusión?
- 3.- ¿Qué se puede ver desde el cementerio de lo que pasa tras el muro?
- 4.- ¿Cómo es, en contraste, el paisaje del cementerio?
- 5.- ¿Cómo era la limpiadora antes de la Guerra? ¿Cómo es en este momento?  
¿Por qué?
- 6.- ¿Conoce lo que pasa en el gueto sólo de oídas o es testigo presencial?
- 7.- La mujer justifica, de alguna manera lo que está pasando, ¿en qué se basa para ello?
- 8.- Según lo que se narra en este texto ¿crees que es válido para la población de estos países alegar desconocimiento de lo que pasaba?



### *TEMAS PARA EL DEBATE EN EL AULA*

Ante las atrocidades de la Shoá, la mayor parte de la población miró hacia otro lado, ¿por qué crees que obraron así? Si hubiesen actuado de otra manera ¿podría haber cambiado el curso de los acontecimientos? ¿Crees que algo así podría volver a suceder? Es más ¿Crees que algo similar sucede en la actualidad?

Reflexiona sobre el papel que puede tener la propaganda en nuestro pensamiento ¿Creemos todo lo que llega a nosotros desde los medios de propaganda, del tipo que sea, o somos capaces de cuestionarlo? ¿Se podría dar ejemplos actuales de algún tipo de manipulación en la información que llega a nosotros?

### *INVESTIGACIÓN EN INTERNET*

Al contrario de lo que se piensa, en los guetos hubo insurrecciones que fueron brutalmente reprimidas. Localiza guetos que se formaron en Europa; señala en cuáles de ellos se produjeron levantamientos y quiénes fueron sus líderes.